

EL MONOPOLIO DEL INFIERNO.

JOAN OLEZA

Levante, 12 de abril de 2003.

El infierno no está en los senos más profundos de la tierra, como la humanidad ha creído durante generaciones. El infierno está en el cielo, de allí es desde donde llueve la destrucción. Primero fue la guerra del Golfo, después la de Afganistán, ahora la de Iraq: las tres han demostrado hasta la saciedad que las guerras ya no se deciden en la tierra, ni tampoco en el mar, sino en el cielo; que no hay ejército que pueda sostener sus líneas ni en los búnkeres, ni en las trincheras, ni en las cuevas, cuando son convertidos estos lugares en blancos de bombas inteligentes y de misiles; que no queda papel ninguno en el reparto para la guerra de frentes o en campo abierto, con la nueva tecnología militar. A las infanterías se les reserva avanzar sobre las ruinas, ocupar lo destruido. O entrar en las ciudades, como a los tanques, que ya sólo en medio de las calles, entre civiles, preservan todo su poder maléfico, como sabe bien Ariel Sharon, o supo hace unos días, para su desdicha, José Couso. Las nuevas guerras, a los tanques, blindados, y excavadoras, les reservan compartir el triste privilegio de los tiranos como Sadam Hussein, ese Stalin a escala bananera, como Sharon, como Pinochet, como los siniestros generalotes argentinos: la represión feroz de sus pueblos.

Pero el poder supremo está en los cielos. No hay lugar donde esconderse, cuando su ira azota la tierra.

La abrumadora superioridad militar convierte en suicida toda posibilidad de desafiarla, hace inútil la guerra, y quien aún así se empeña en librarla, de forma tan fanfarronamente idiota como criminal y cínica (pues tiene preparada convenientemente la huida), especula con los muertos, los mutilados, los huérfanos, los hospitales exhaustos, los barrios y viviendas destruidos de su pueblo, mientras espera que la presión internacional llegue a tiempo de echarle una mano.

¿Cómo puede el mundo dejar en las manos de un solo país ese formidable poder que destruye desde el aire, esa abrumadora capacidad de aniquilación? Es un país democrático, sin duda. Y también un país altamente civilizado. Pero también lo era la Alemania de Goethe, de Beethoven, de Hegel, y a Hitler le entregó el poder la mayoría electoral. Una de las cuestiones más graves que levanta esta guerra es cómo seguir pensando la paz mundial cuando el sesenta por ciento del poder de todo el mundo reside en un solo país y queda al arbitrio de un vuelco electoral que puede llegar por causas

puramente internas (un descontento con la situación económica, por ejemplo), incluso técnicas (ganar las elecciones por una confusión en el procedimiento de voto en un estado determinante, como Florida), o por una mente mesiánica e ignorante que de pronto se encarama al poder aupada por grupos político-económico-militares que aspiran a una dominación imperialista de las zonas estratégicas del mundo.

Al acabar todo esto no habrá más remedio que intentar recomponer diplomáticamente la autoridad de las Naciones Unidas, devolverle a base de concesiones y de mirar hacia otro lado su legitimidad, conseguir volver a pactar su necesidad o su utilidad, seriamente malparadas. Pero me parece que será ineludible, también, recurrir a otras cartas. Todo el mundo no puede quedar al arbitrio de una sola nación, y será preciso recomponer las relaciones internacionales, buscar formas de contrapeso, posibilidades de disuasión, pactos que permitan hacerse escuchar, e incluso respetar, a pesar de la inferioridad militar. Europa se juega su credibilidad en esta coyuntura. Y también Rusia. Y China.

Cuando la guerra queda lejos, el poder de desencadenar el infierno en el cielo no tiene más que una dependencia, la de sus bases en la tierra. Y en Europa hay muchas, que los aviones y los barcos portaviones necesitan. La destrucción de Iraq no hubiera podido plantearse sin la disponibilidad de las bases militares europeas, turcas y árabes. Son unas bases que nacieron por exigencias de la guerra fría, cuando el mundo estaba dividido en dos bloques. Pero ahora sólo hay un dueño del mundo, y las bases militares son cómplices suyas.

También el papel de la OTAN tendrá que ser reconsiderado. ¿De qué sirve, tal como está actualmente establecido, en un mundo unilateral, como no sea de policía al servicio de los intereses estratégicos de Estados Unidos, o de coartada europea que legitime sus acciones militares? Ni siquiera los Estados Unidos la necesitan, estrictamente hablando: les basta la alianza de Inglaterra y de algún otro país convenientemente recompensado para romper las alianzas en su contra.

La posibilidad de cambios electorales en países como España e Inglaterra, que debiliten la ambición de un gobierno norteamericano que ya amenaza a Irán y a Siria, y que ha producido un incremento brutal de la tensión internacional (y un buen ejemplo es Cuba, que vuelve a su línea más dura en estos días), tendrá que plantearse necesariamente esta cuestión en sus programas:

Cómo contrarrestar todo el poder del infierno cuando está en unas solas manos.

